

Corazón de maldad

ISBN #: 978-1-326-98039-9

©Roberto Rumiz. Todos los derechos reservados.

Después del cole Brian se montó en su bicicleta y salió a andar por el barrio. Siempre estaba solo y tenía su lugar secreto, ese lugar que solo él conocía, a donde llevó a su primera víctima.

La víctima era un perro callejero, al que empezó dándole de comer para atraerlo y cuando se ganó su confianza y pudo acercarse, decidió llevárselo a su escondite. Así fue en los comienzos y así lo seguiría haciendo hasta su muerte.

Su nuevo amigo no era tan guapo, y por estar tanto tiempo en la calle, por las peleas con otros perros, por un poco de sarna, y al estar expuesto a todas las enfermedades, ya le faltaba el pelo. Tenía bastantes heridas por sus peleas, que por cierto casi nunca ganaba, por tamaño y por falta de fuerzas, pero como víctima valía.

Brian tenía que practicar su técnica para otras víctimas más difíciles. El chucho ya lo tenía como su amo, y eso no iba a ser lo mejor para él. Al llegar al escondite, Sparqui, sí, así se llamaba, estaba allí. No precisaba atarlo porque el pobre perro, ¿dónde iba a ir? ¿Dónde le darían de comer? Con su aspecto lo echaban de todos lados y hasta le tiraban con cosas. Por lo menos Brian le daba de comer y un cobijo.

Al entrar por la puerta del escondite Sparqui lo fue a recibir porque ya olía la comida. Al poner la comida en el suelo de esa especie de cueva que estaba a pocos kilómetros de su escuela, rodeada de tanta vegetación que la entrada no se distinguía, Sparqui se lanzó al plato que le traía Brian, comió sin levantar la

vista y casi atragantándose terminó. Había limpiado el plato, pero lo que no sabía era que iba a empezar a sentirse mal. Brian se sentó en un rincón y se quedó mirándolo. Lo miraba como esperando algo y así era, estaba esperando su muerte. Le había puesto veneno en la comida y sólo lo miraba, lo miraba y esperaba. Sparqui se empezó a sentir cada vez peor, le dolía la tripa, y cada vez el dolor iba a más. Empezaba a gemir de dolor y al poco rato ya se estaba revolcando en el suelo. Los ojos los tenía vidriosos, de la boca comenzaba a salirle una especie de espuma, una espuma verde y blanca. Brian lo miraba desde su rincón y casi tenía esa expresión que lo iba a caracterizar por el resto de su vida. Esa expresión de satisfacción cuando estamos comiendo algo delicioso, y su sonrisa cada vez se hacía más macabra, se frotaba las manos y se las pasaba por el pantalón, por la entrepierna, se estaba excitando viendo morir a Sparqui.

Viendo los últimos movimientos de dolor de Sparqui, sacó un cuchillo y se paró, fue para donde estaba Sparqui, y después de mirarlo un momento más se agachó junto a él. Se vio reflejado a sí mismo en los ojos vidriosos de Sparqui. Mirándose fijamente los dos, le clavó el cuchillo en el estómago a Sparqui. La sangre salpicó toda la cueva y la cara de Brian. Al tenerlo clavado ya Sparqui no se movía e hizo girar el cuchillo haciendo salir otro chorro de sangre, el último. Deslizó el cuchillo hacia arriba, lo sacó y metió los dedos dentro del pecho del pobre perro, y al sacarlos se trajo consigo su corazón, que todavía daba sus últimos latidos de vida. Se lo aproximó a la boca, y después de observarlo detenidamente le pegó un bocado.

Al llegar a su casa entró por la puerta trasera. Su madre estaba en la cocina y no lo vio, sólo lo escuchó y preguntó si era él. Brian contestó y se metió en el baño, se sacó la ropa y la puso en una bolsa que luego tiraría. Se metió en la ducha y ahí estuvo casi una hora, hasta la hora de la cena. Al otro día se levantó y fue al colegio como todos los días. Brian era un chico de doce años que casi ya cumpliría los trece. Seguía estando solo, porque los otros niños lo tomaban como un niño raro y un poco siniestro, y eso era, sólo que todavía no lo había demostrado con todas sus fuerzas. Después del día fatídico con Sparqui no ocurrió nada fuera de lo normal hasta varios años después.

A los diecisiete y estando en la secundaria se hizo amigo de otro chico, que parecía tener su mismo comportamiento de chico tímido. Salían juntos y hasta fueron un par de veces al cine. Pero un día después del cine y de ir a comer una hamburguesa, al estar caminando por el centro del pueblo, empezaron a discutir. Brian lo agarró del brazo y lo tiró a la calle, con tanta mala suerte que un auto que pasaba por allí lo atropelló. Vio como el cuerpo del chico pasó por encima del techo del auto y al tocar el suelo, otro auto que venía atrás trató de esquivarle sin tener espacio suficiente y le pasó por encima, aplastándole la cabeza y esparciendo sus sesos por toda la calle.

A Brian, por ser menor lo condenaron a dos años en un reformatorio, por homicidio involuntario. Esos dos años en el reformatorio lo marcaron y definieron como lo que iba a ser el resto de su vida. Con los maltratos físicos y las violaciones que

tuvo en esos dos años, su cabeza y su cuerpo ya no eran los mismos, fueron como la gota que derramó el vaso. Al faltarle tres meses para salir del reformatorio una tarde después de ducharse, unos niños lo agarraron, lo llevaron a un cuarto vacío que había al lado de las duchas donde guardaban algunos utensilios de limpieza, le pegaron hasta casi dejarlo inconsciente, lo violaron, y lo dejaron tirado. Al despertarse se levantó, se vistió y se dirigió al salón. En el salón estaba el grupo de chicos que día sí día no, lo golpeaban y lo violaban. Se fijó que uno de ellos se levantaba y se iba al baño. Brian lo siguió, abrió la puerta del baño, y lo encontró allí, haciendo pis. El chico se dio vuelta y le preguntó.

—¿Quieres otra vuelta? ¿Te gustó?

Brian lo miró y se acercó. En la mano tenía esas escobillas de wáter. El otro chico lo mira y le dice.

—¿Quieres que te la meta por el culo?

No llegó a terminar la palabra que Brian le metió la escobilla en la boca, tan profundo que el chico empezó a tener problemas para respirar. Sostuvo la escobilla con fuerza, hasta le empezó a salir sangre por la comisura de la boca. Al no quedarse quieto le pegó un cabezazo, y le hizo sangrar el parpado. EL chico todavía seguía todavía con vida. Brian lo tiró al suelo y le metió los dedos en los ojos haciendo tanta presión que los ojos saltaron de las cuencas. Ya se estaba quedando sin respiración y la sangre le salía por los ojos. Cada vez estaba más quieto, hasta que ya no se

movió. Brian se paró, le sacó la escobilla de la boca y se fue a lavar las manos, que por supuesto las tenía manchadas de sangre. Tiró la escobilla al retrete y se fue.

Como el chico tardaba sus amigos fueron a buscarlo. Lo encontraron en el baño, muerto, con sangre en la boca y los ojos, debajo del mingitorio. Llamaron a los celadores, que después de interrogar a todos los chicos que había en el ala, no pudieron dar con el responsable. Tuvieron días de castigo, pero nada más. Después de ese día no lo volvieron a tocar, su actitud había cambiando, de esa aparente actitud sumisa, solo hacía falta verle a los ojos, ese brillo, y esa expresión de odio, fue más que suficiente para que los últimos tres meses estuviera solo.

Al salir del correccional fue a su casa. Su madre aunque le tenía miedo, era su madre y sea lo que fuere, era su hijo. Dormía casi todo el día y salía por la noche, regresando por la mañana. La última vez, al salir por la noche, no volvió hasta una semana después, y cuando vino estaba sucio, apestando a tabaco y a olores que tal vez no sabría reconocer. Se bañó y durmió casi dos días, o por lo menos no salió del cuarto. Al despertarse y bajar a desayunar, Susana, la madre de Brian, se lo encontró sentado a la mesa, con la cabeza agachada y los brazos cruzados sobre ella. Se sorprendió al verlo porque casi no lo veía, le preguntó si estaba bien y si quería desayunar. Brian asintió con la cabeza. Su madre le sirvió café y dos tostadas. Al rato le pregunto dónde había estado. Él la miro unos segundos, y bajó la vista. Al poco rato se

levantó y se fue. Al cerrar la puerta de su cuarto casi hizo temblar la casa.

En las noticias de la mañana, por la televisión estaban pasando una noticia relacionada a un asesinato producido hacía unos días. Se trataba de una chica de veinte años, que había sido encontrada muerta con el pecho abierto. Le faltaba el corazón y aparentemente también había sido violada. Lo extraño y lo más siniestro era que la violación se había producida ya muerta. Se trataba de un asesino necrófilo, dijo el periodista que estaba dando la noticia. Susana apagó la tele y al girarse vio a Brian que estaba en la puerta de la cocina, también escuchando las noticias, pero al mirarle a la cara estaba sonriendo. Dio media vuelta y desapareció, Susana se quedó parada frente al televisor, sin poderse mover. Cuando pudo despegar los pies del suelo, caminó unos pasos y se sentó en la silla que estaba al lado de la mesa, y se agarró la cabeza. Aunque no estaba segura de nada, sabía, o sentía que el asesino era su hijo y eso le dolía. ¿Pero qué hacer? ¿Y si ella estaba equivocada? Lo meterían en la cárcel, ya tenía edad. Tenía miedo, pero le quería.

Llegó la noche y Brian salió de su cuarto, bajó las escaleras y salió de la casa. Antes de salir agarró las llaves del auto de su madre y se fue. Paró con el auto en el bar del pueblo de al lado, pidió una cerveza, y se quedó sentado en la barra hasta que entro una chica de más o menos veinte años. Ella llevaba una minifalda de vaqueros, botas y una camisa a cuadros. Se sentó en la otra punta de la barra y también se pidió una cerveza. Brian la

miró y le hizo el ademán de levantarle la cerveza. Ella lo repitió. Brian se levanto y se acerco a ella. Hablaron y tomaron confianza, empezaron a rozarse, los roces fueron a más y decidieron ir a un motel. Brian pagó las cervezas y salieron juntos. Entraron al motel, pidieron habitación y se fueron a ella. La puerta treinta y tres se abrió y se cerró con ellos adentro.

Sin darse cuenta, con un solo empujón, él la tiró a la cama. Ella pensó que fue medio brusco, pensó que era parte del juego, y no se equivocaba, era un juego, pero un juego que si hubiera sabido las reglas, no jugaría. Brian se acercó y se tiró sobre ella. La chica no podía respirar, porque tenía las piernas en el pecho, quiso zafarse, pero no pudo y ahí empezó a dudar de si eso era un juego. Quiso gritar pero no le dio tiempo, porque sin que se diera cuenta Brian le había puesto un trapo. El trapo tenía un gusto raro, un sabor a licor mezclado con gasolina. Brian sacó una cuerda del bolsillo trasero de los vaqueros y le ato las muñecas al cabecero de la cama. Al terminar de atarla, con un tirón le rompió la camisa. Ella se quedó desnuda ya que no tenía sujetador. Brian estiró el brazo hacia atrás y de la pantorrilla sacó un cuchillo. Hizo como si probara el filo del cuchillo y sin más preámbulos se lo clavó en el pecho. Hubo sólo un gemido y los movimientos se acabaron. Sacó el cuchillo, lo miró contra luz y lo clavó de nuevo, esta vez desde el ombligo hacia el pecho. Las sábanas ya estaban mojadas, encharcadas de sangre. En ese momento, con el pecho abierto, la desató y la giró, le sacó la ropa que le quedaba y él se sacó su ropa, quedando los dos desnudos. Cuando terminó de violarla, se separó, la giró de nuevo, le

introdujo las manos en el pecho y le arrancó el corazón. Se sentó en el suelo, desnudo con las manos llenas de sangre y con el corazón entre los dedos, casi cayéndosele al suelo, se lo llevó a la boca y lo empezó a comer. Se lo comió todo, luego se paró y se fue a ducharse. Al terminar, volvió a la cama y al verla ahí tirada inerte y sin vida, volvió a sacar el cuchillo, le sacó los ojos y los puso en un pequeño frasco. Cerró la tapa y lo volvió a guardar, se vistió y se fue. Antes de cerrar la puerta miró la cama llena de sangre con la chica desnuda y destripada. Se acercó la mano a los labios a con sólo dos dedos le dedicó un beso.

Al cumplirse el tiempo del motel y no verlos salir, el encargado llamó al telefonillo de la habitación. Al no recibir respuesta decide ir a ver qué pasa. Golpeó a la puerta dos veces y luego otras dos, sacó la llave maestra y abrió despacio, y asomando la cabeza. Lo primero que vio es la sangre del suelo y las pisadas que el mismo había dejado. Terminó de entrar y se quedó congelado viendo lo que había en la cama.

La policía llegó al instante con la llamada del encargado, y ya se dio cuenta que se trataba de un asesino en serie, con tendencias necrófilas. ¿Y el corazón? ¿Y los ojos? Pensaban que sólo se llevaba unos recuerdos de las víctimas, sin saber que también era un caníbal, pero pronto lo averiguarían. Era como un vampiro, porque antes de salir el sol ya estaba en su cuarto, donde se quedaría hasta la próxima noche.

En el noticiero de la mañana había aparecido otra chica muerta, descuartizada, violada, y la policía pensaba que era el

mismo asesino de la anterior, ya entraba en la categoría de asesino en serie.

La policía investigó en el motel. Con las huellas de la chica y una foto pudieron identificarla, sabiendo que era habitual del bar en donde Brian la había conocido. También hicieron una investigación en el bar, donde les dieron una leve descripción del supuesto asesino. Vacieron el contenedor y sacando todas las huellas de todas las botellas que había. Una de las huellas coincidía con Brian, que por estar fichado, por el homicidio involuntario de cuando tenía diecisiete años pudieron saber quién era y donde vivía. Como era el principal sospechoso fueron a su casa y trataron de hablar con él. Allí lo encontraron y su madre estaba muy nerviosa. La policía le preguntó por qué estaba nerviosa si sólo era una investigación de rutina. Pero no era así, sospechaban de Brian. Hablaron con él en el salón y les dijo que había estado en ese bar, pero que solo había ido a tomar una cerveza, que había conocido una chica y cuando salieron del bar con la intención de irse a un motel, un hombre los paró, agarró a la chica y discutieron.

–Parecía el novio –dijo Brian–. Yo no quería problemas, agarré el coche de mi madre y regrese a casa. La madre no pudo rectificar la coartada de su hijo, pero dijo que lo había oído volver tarde, por madrugada, pero no sabía la hora. La policía dio las gracias y se fue. Al irse la madre lo miró y le pregunto, si sabía algo de eso. Él la miro y le dijo que no sabía nada, que la noche es muy peligrosa y más para una chica de veinte años. Se

levantó de la silla y se fue a encerrarse a su cuarto. ¿Pero quién le había dicho que la chica muerta tenía veinte años? ¿Cuándo la policía había dicho que estaba investigando una muerte de una chica? Sólo la madre lo había escuchado en las noticias. Susana cada vez estaba más segura que en esas muertes estaba involucrado su hijo pero, ¿cómo averiguarlo? Decidió que al salir esa noche entraría en su cuarto y revisaría un poco, y si encontraba algo, le diría a la policía. Le tenía miedo, pero más temía por su vida y no quería que siguiera matando si él era el asesino.

La policía estuvo en el bar todo el día sacando huellas y tratando de encontrar algo que le llevara al asesino, y en el motel también había otro grupo de detectives buscando pistas que aclararan esos crímenes horribles.

Llegó la noche y Susana escuchó la puerta, miró por la ventana y vio que su coche se iba andando por el camino. Sabía que dentro iba Brian. ¿A dónde? No sabía. Sí supo que era su oportunidad para revisar su cuarto. Dejó la tetera en el fuego y caminó hasta el cuarto de Brian. Cuando lo quiso abrir se dio cuenta que estaba cerrado. Con la frustración que sentía le pegó un golpe a la puerta y se lastimó la mano y los nudillos. Después de ir al baño y envolverse las manos volvió a la cocina por su té.

Al conducir por la carretera buscando su siguiente víctima Brian vio un coche parado en el arcén. Fuera del coche había una pareja que al parecer tenían problemas. No podían llamar a la grúa porque se habían quedado sin batería en el móvil. Brian

paró detrás de ellos y les preguntó si necesitaban ayuda. Primero le dijeron que no, no confiaron en alguien que había parado, pero no les quedaba otra, no se podían quedar ahí. Brian les dijo que a pocos kilómetros había una gasolinera y que desde ahí podrían llamar a la grúa, que si quisieran él los llevaría. Se miraron entre sí, y decidieron ir con él, pero alguien tenía que quedarse en el choche. Brian les dijo que llevaría a uno y el otro se podría encerrar en el coche hasta que regresaran con ayuda. Decidieron que se quede la chica en el auto, mientras él buscaba ayuda o llamaba a la grúa. Se dieron un beso de despedida sin saber que sería el último.

Él se subió con Brian y ella al coche y cerró los seguros. Al subir al coche le dijo que él se llamaba Brian, y su acompañante le contestó diciendo su nombre, que era Mark. Continuaron viaje dejando atrás al coche de Mark y adentro con cara de sorpresa mezclada con miedo a su novia.

Al llegar a una curva Brian tomó un camino de tierra. Al mirar sorprendido hacia afuera Mark le dijo:

–¡La gasolinera es por allá!

Cuando Mark se giró para verle la cara, en la mano de Brian había una especie de bate pequeño y le dio en toda la cara. Le pegó en la nariz, rompiéndosela, y haciendo escapar un chorro de sangre que se estrelló en el cristal de la luna del coche, quedando como una telaraña recién hecha. Mark quiso abrir la puerta para tirarse del auto, pero antes de tirarse, un segundo

golpe le dio en el medio de la cabeza, escuchándose un ruido a hueco. Se termino de desplomar y cayó, rodando por la tierra y el barro que ya se estaba formando porque había empezado a llover.

Brian paró el auto y se bajó, agarró de la pernera del pantalón el cuchillo que llevaba y fue caminando despacio hasta donde se encontraba Mark tirado en el suelo casi inmóvil. Lo agarró del pelo y lo arrastró hasta debajo del árbol más cercano. En la otra mano tenía el cuchillo poniéndoselo en la garganta. Al estar cerca del árbol guardó el cuchillo en la funda de la pernera, y agarrándole la cabeza con las dos manos se la estrelló una y otra vez contra el árbol hasta que la sangre hizo que se le patinara de las manos. Al separarse casi se cae por el barro que se estaba formando. Ya Mark no se movía, tenía la cabeza aplastada como una nuez. Brian se bajó los pantalones, se agarró su pito con la mano que antes sujetaba el cuchillo, apuntó y disparó. Meó hasta estar satisfecho. Al terminar se subió los pantalones y se fue. Se subió al auto, se prendió un cigarrillo y espero. Acomodó los espejos, y vio a su compañero de viaje al lado del árbol sangrando. La lluvia hacía como pequeñas cataratas de sangre. Arrancó el auto y volvió a la carretera. Se dirigió al punto de partida para recoger a su segunda víctima. Al llegar, Steffi, que así se llamaba la chica encerrada con los cerrojos en ese auto.

Al verlo llegar, Steffi abrió los cerrojos y salió del auto. Le preguntó dónde estaba Mark.

–Se quedó en la gasolinera –dijo Brian–. Y como la grúa iba a tardar bastante, me dijo que si podía venir a buscarte y llevarte para esperar en la gasolinera comiendo algo.

–¿Y por qué no vino él a buscarme? –Preguntó Steffi.

Brian no supo que responder a eso y se puso nervioso. Con un rápido movimiento le agarró del pelo y la golpeó con el techo del auto en la cabeza. Se acercó más, agarrándola del cuello y poniéndola frente a él empezó apretar sus manos hasta que Steffi ya no se movió. La metió en el coche y arrancó. Condujo hasta un paraje abierto y desolado y paró el auto. Cada vez llovía más y más fuerte, parecían pequeñas navajas que caían del cielo. Steffi todavía estaba viva, con dificultad pero respiraba, su corazón latía y latía con fuerza. Brian abrió la puerta y la arrastró al barro y debajo de la lluvia, se puso arriba de ella, y agarró el cuchillo de la pernera. Primero se lo pasó por la cara, por la frente y los cachetes. Con la punta del cuchillo le abrió la boca, con los dedos le sacó la lengua, y al mismo tiempo que ella abrió los ojos, le cortó la lengua sin darle tiempo a un solo grito. La sangre le brotaba de la boca, tenía los ojos vidriosos y casi se estaba ahogando, un poco por la lluvia y otro poco por la sangre que le brotaba de donde antes estaba la lengua, casi ya no podía respirar. Brian después de quedarse mirándola y viendo como sufría, le puso el cuchillo debajo de la camiseta y con un movimiento lento pero con fuerza, le fue cortando la camiseta desde abajo hasta el cuello dejándola sólo con el sujetador. Luego puso el cuchillo en el medio del sujetado y tiró hacia arriba,

dejándola con los pechos desnudos. Rodeó el pecho con el cuchillo y lo clavó en él abriéndoselo hasta casi la garganta. Steffi sólo hizo un movimiento y luego nada más. Brian le sacó el corazón, se apartó un poco, se sentó en un árbol caído que estaba ahí, y como un niño comiendo chuches, chuches un poco pringosos y jugosos, empezó a comer el corazón. Al terminar regresó a donde estaba ella, le desabrocho el pantalón y al no poder sacárselo, con el cuchillo en mano, empezó a cortarlo como flecos, hasta dejarla desnuda. Clavó el cuchillo en el suelo embarrado y se subió arriba de ella. Al terminar con un gemido grotesco, se sentó encima, agarró el cuchillo clavado en el barro, lo limpió en su camisa y le sacó los ojos, dejando que las cuencas se llenaran de agua de lluvia. Se levantó, se sacó toda la ropa y la metió en una bolsa. Abrió el maletero del auto, sacó un pantalón, unas zapatillas y una camiseta. Se vistió, guardó la bolsa de ropa ensangrentada en el maletero y los ojos en un especie de tarrito con tapa a presión, se subió al coche y se fue dejando a una casi enterrada en el barro y al otro debajo de un árbol a unos dos kilómetros de distancia.

Al llegar a su casa y al bajar del auto, algo lo detuvo y miró hacia dentro. Vio la mancha de sangre que había dejado su acompañante en el cristal, la de la nariz rota. Bajó del auto, buscó un cubo, un paño, y limpió lo mejor que pudo el cristal, hasta hacer desaparecer cualquier mancha. Antes de irse miró al asiento y arriba. Todo estaba limpio. Salió del auto, cerró la puerta y sacó del maletero la bolsa con la ropa con sangre. La lluvia ya había parado. Fue atrás de la casa, hizo un hueco en la

tierra y metió la bolsa. Buscó el encendedor del bolsillo de detrás del pantalón y no lo encontró. Estaba en el otro pantalón, el de la bolsa, entonces abrió la bolsa, buscó un poco y lo encontró. Volvió a cerrar la bolsa y prendió el encendedor haciendo una pequeña hoguera. Guardó el mechero en el pantalón y se fue. Abrió la puerta de su casa, o donde vivía con su madre y se metió en su habitación, como Drácula al percibir que amanecer ya está cerca, su refugio por ahora.

A la mañana siguiente un camión paró en la carretera y encontró un auto en el arcén. Al no encontrar a nadie llamó a la policía. Al llegar la policía y no ver nada, sólo un bolso de mujer en el asiento de detrás, y sin faltarle documento, dinero, ni las tarjetas y un móvil sin batería, se dieron cuenta que no fue un robo. Decidieron llamar al grupo canino para peinar la zona. En veinte minutos ya estaban allí y con más policías. Buscaron por todos lados y no encontraron nada. Por una intuición hicieron llamar al helicóptero, que al hacer la segunda pasada vio en un claro algo que parecía un cuerpo a unos cuatro kilómetros de donde estaba el auto aparcado. Los policías con los perros se dirigieron al punto de encuentro. Ahí estaba casi sepultada, con el pecho abierto y con las cuencas llenas de barro mezclado con sangre seca la chica del bolso del auto. La reconocieron por el documento. A los pocos minutos y con ayuda de los perros encontraron al chico, no tan mal como la chica, pero con la cabeza aplastada, y casi irreconocible.

Ese día Brian no salió para nada de su habitación ni para ir al baño. La policía estuvo sacando pruebas todo el día, del descampado y de donde encontraron al chico. A los dos los llevaron a la morgue para hacerles las autopsias. Al hacérsela a la chica vieron que había tenido la misma suerte que las otras dos. Las había matado, violado y les había sacado el corazón. Al chico sólo le había aplastado la cabeza. A la última chica, no sólo la había matado, y violado, también le había cortado la lengua. ¿Por qué? Los investigadores estaban preocupados porque cada vez estaba más violento. También estaba el tema de los ojos. ¿Qué hacía? Y por qué al chico, no le había sacado el corazón ni los ojos. Parecía que sólo en peligro estaban las mujeres, en particular las mujeres jóvenes, todas tenían más o menos veinte años. ¿Por qué espera para violarlas cuando están muertas? Lo único que sabían y estaban seguros y de acuerdo, que era un enfermo, que cada vez iba a más y tenía necrofilia. Y lo más importante era que había que atraparlo cuanto antes, antes que matara a más mujeres. Por la lluvia y el barro, no pudieron encontrar huellas, ni pruebas de ningún tipo, pero estaban seguros que era el mismo tipo y que actuaba solo.

La madre de Brian ya no sabía qué hacer y que pensar. Cada vez que pasaba por la habitación de su hijo le parecía que olía mal, pero como no podía abrir la puerta no podía comprobar de qué venía ese olor. Parecía que Brian no limpiaba, y como no comía con ella, pensaba que traía comida y algo ya se estaba pudriendo, o por lo menos a eso olía. Esa noche, después de las once, Susana escuchó la puerta, pero estaba tan cansada que se

quedo dormida, tenía tanto miedo que al irse a dormir echaba el cerrojo que tenía detrás de la puerta y así podía descansar un poco más tranquila. Aparte del cerrojo, debajo de la almohada, tenía un cuchillo que había traído de la cocina. No estaba segura de que el asesino fuera su hijo, pero le tenía miedo.

Ese día Brian decidió ir al mismo bar del otro día, pero al pasar ni paró el auto, y menos entró. Veía las cosas extrañas y mucha gente desconocida y rara. Él no lo sabía pero eran policías en cubierto. Al olerse algo extraño se fue y paró el auto en el parque que había a la salida del pueblo. El parque era grande y luminoso, un lugar en el que no tenía ninguna oportunidad, porque alguien lo podía ver y reconocer. Estuvo sentado casi dos horas y ya, como un drogadicto empezaba a agarrarle el mono y eso no era bueno. Se levantó y empezó a caminar hacia un lago artificial que había en el centro del parque. Se sentó al borde del lago y se quedó mirando el reflejo del agua. En ese momento miró a su alrededor y vio a un perro que estaba a su lado con un palo en la boca. Lo miró, y el perro dejó el palo en el suelo y también lo miró a él. Brian, agarró el palo y lo tiró lo más lejos que pudo. El perro salió como un cohete, casi derrapando al salir. Al rato volvió con el trofeo en la boca y lo dejó al lado de Brian. El perro tenía collar y en el collar tenía nombre. Brian se esforzó para leerlo, y se quedó mirando al perro fijamente. Su nombre era Sparqui, como su primer víctima cuando solo tenía catorce años. Agarró el palo y lo tiró de nuevo. El perro aunque no era igual que el anterior Sparqui, repitió la operación. Sparqui era un Colie, precioso con su pelo largo, brillante y de color beige.

Brian se metió la mano en el bolsillo y sacó un poco de carne que parecía una lengua. Se la dio y Sparqui se lo comió. Brian agarró el palo y lo tiró de nuevo. En el momento que fue a buscar el palo, sacó el cuchillo que tenía en la pernera, lo miró y lo volvió a guardar porque pasaban dos hombres caminando y hablando de algo que casi estaban discutiendo. En ese momento Sparqui volvió con su palo, y atrás venía una niña corriendo en pijama, llamando al perro. El perro dejó el palo, miró a la niña, y salió corriendo en su búsqueda. La niña se arrodilló en el suelo y abrazó al perro. Agarró la correa que llevaba en la mano, enganchó al perro, y se lo llevó a su casa. Brian, se paró y manteniendo las distancias, siguió al perro y con él, a la niña.

La niña entró en una casa que estaba cerca del parque. La casa era preciosa, parecía una casa de muñecas, de dos pisos y con un pequeño balcón en las dos últimas ventanas. Cuando entró la niña a la casa, la madre la estaba esperando en la puerta. Le dio un beso y cerraron la puerta con ellas adentro. No se escuchó ningún pasador, ni llave, ni cerrojo que asegurara la puerta de gente como Brian.

Brian esperó hasta que las luces se apagaron, y unas horas más hasta estar seguro que ya estaban dormidos. Se levantó de su asiento y cruzando la calle llegó a la puerta de la casa. Llevó la mano al pomo de la puerta y al girarlo notó que estaba como él pensaba: abierta. Entró y cerró la puerta. Todo estaba oscuro, sólo una pequeña luz que había en la escalera, al parecer por si alguien quería bajar o subir sin prender la luz principal. Subió

despacio, pensando que uno de los tablones de la escalera crujiría, pero no, todos los escalones estaban recién restaurados, aunque eso él no lo sabía. Al llegar al primer piso se encontró con una puerta que estaba abierta, que era el baño o uno de los que tenía la casa. Las otras puertas estaban cerradas, pero una no estaba totalmente cerrada, y esa pensó que sería el cuarto de la niña. La puerta resultó ser la que daba a la habitación de invitados, porque estaba vacía, y las otras dos puertas sí que estaban cerradas. La pregunta era cuál abriría primero. Por descarte abriría la que estaba más cerca. Se puso en frente de la puerta y primero puso la oreja, tal vez para escuchar algo, ¿pero que esperaba escuchar? Puso la mano en el pomo y la separó. Se hurgó en el bolsillo y sacó un par de guantes, se los puso y refregó un poco el pomo para limpiarlo, por si había dejado huellas, la policía estaba rondando y no quería que tuvieran algo para inculparlo y mandarlo a la cárcel, no quería ir a la cárcel. Giró el pomo y despacio abrió la puerta. Era el cuarto de la niña y estaba dormida, como era de suponer. Brian se hizo otra pregunta: ¿Y el perro? Sabía que si venía el perro todo se echaría a perder y se llevaría un buen mordisco. No estaba seguro de qué hacer, lo tenía preocupado lo del perro, que no estuviera por ningún lado. Pero ya estaba ahí, y el mono se hacía más grande y difícil de controlar. Entró a la habitación y puso el cerrojo. Echó un vistazo a la habitación. No se veía nada, ni se escuchaba nada, sólo estaba la niña durmiendo, tapada casi hasta la cabeza. Al acercarse a la cama con pasos lentos y con mucho cuidado, empezó a sacar el cuchillo de la pernera. Al tener el cuchillo en la mano con la otra empezó a sacarle la ropa de cama para tener

mejor visión de su nueva víctima. Primero vio su pelo rubio y rizado, luego al empezar al verse su pijama, la niña se dio vuelta y quedó boca arriba. Aprovechando el momento saltó a la cama y rápidamente le puso la mano en la boca para que no gritara. Ella intento moverse y al ser tan chica casi se zafa. Brian la acomodó agarrándola del pelo con la mano que sostenía el cuchillo y al hacer ese movimiento casi se le cae el cuchillo al suelo quedando en el borde de la cama. Al ver esto y soltarle el pelo le agarró del cuello y empezó a apretar. Ya no se movía tanto, y las patadas se convirtieron en pequeños movimientos. Notando que casi ya no se movía, le soltó el cuello para agarrar el cuchillo que casi ya se estaba cayendo. En ese momento fue como que a la chica las energías le vinieron al cuerpo de nuevo y empezó a moverse como una serpiente queriendo escapar. Brian sabía que tenía que hacer algo pronto y con el menor ruido. Al tener ya el cuchillo en la mano, en un movimiento rápido y preciso, como el carnicero que corte la carne, con la experiencia que le había dado los años, le pasó el cuchillo por el cuello con tanta suavidad, pero con la fuerza suficiente para abrírselo de un lado a otro, haciendo que esos movimiento cambien otra vez, pero ahora a espasmos, y cada espasmo era un chorro de sangre que pintaba toda la habitación. Parte de esa sangre le llenó la boca a Brian, y pasándose de un lado a otro la lengua los ojos le cambiaron, parecía tener un color diferente y su expresión también cambio. Era la expresión de un maniaco que agarró el cuchillo y lo clavó en el medio del pecho de su víctima. Se lo clavó dos veces y al dejar el cuchillo clavado en su pequeño pecho, se veía como la sangre o lo que quedaba por salir

manchaba todo su pijama haciendo la mancha cada vez más grande. Terminó de tirar la ropa de cama al suelo, empuñó el cuchillo y tiró, sacándolo, haciendo que el último chorro de sangre le manchara el brazo y parte de la cara. Bajó el cuchillo a la altura de la entre pierna de la niña y cortó parte del pijama y su braguita rosa. De la emoción, el bulto que tenía en los pantalones, le estaba por explotar, y explotó. Al terminar, agarró el cuchillo y cortándole el pijama, dejándola desnuda le cortó su piel, rompió sus pequeñas costillas, introdujo sus dedos en su torso destrozado y sacó su corazón ya sin vida. Dejo su corazón en un costado, y también con sus dedos, manchados de sangre, los clavó en sus ojos, haciendo un poco de presión, se los sacó, los guardó en ese tipo de frasco que siempre llevaba.

Se bajó de la cama, agarró el pequeño corazón y después de mirarlo unos segundos se lo empezó a comer. Se sentó en la cama y en ese momento escuchó un ruido y un golpe. Era la madre que la llamaba por su nombre y trataba de entrar a la habitación, preguntando si estaba todo bien. Brian se paró lo más rápido que pudo, pero no sabía qué hacer. Vio la ventana y decidió salir por ella, pero el único inconveniente, era que estaba en un primer piso, más o menos unos seis o siete metros de altura, sabía que no tenía opción. La madre ya estaba golpeando más fuerte, era ya cuestión de minutos, que rompiera la puerta o llamara a la policía, y decidió entonces saltar por la ventana. En ese momento, la madre pudo entrar y vio saltando por la ventana a un hombre alto y flaco, vestido de negro y manchado de sangre que desaparecía por la ventana de su hija. Al mirar a la

cama se arrodilló y gritó, lloró y gritó de nuevo. Al arrodillarse sintió algo en sus rodillas desnudas, se levantó y vio el corazón de su hija, o lo que quedaba aplastado y mordido como por un perro. Se cayó al suelo de nuevo y con la imagen de su hija en la cama, abierta de par en par, como una res en el matadero y la sangre, la sangre que estaba por todos lados. Se desmayó.

Brian, al tirarse por la ventana y caer se torció un tobillo. En ese momento apareció el perro desde la parte de atrás de la casa. Al verlo tratar de huir, pero con el tobillo dislocado, no podía correr, dándole tiempo al perro a saltar sobre él y empezar a morder. Rodaron los dos por el césped de la entrada de la casa, los gritos y ladridos, mezclados con gruñidos, despertaron a los vecinos, quienes llamaron a la policía, pensando que sólo era un atraco. Brian agarró el cuchillo de la pernera y se lo clavó al perro, que con un gemido se separó de él dejándolo de morder, cayéndose y perdiendo cada segundo su vida. En sus ojos ya moribundos veían escaparse al asesino de su amiga, hasta que todo empezó a ponerse oscuro y ya no veía nada ni a nadie.

La policía llegó al instante, vio al perro muerto, y llamó a la puerta de la casa sin tener respuesta. Los vecinos ya estaban todos en la puerta de sus casas, en pijama y algunos en bata, mirando el espectáculo, preguntándose qué había pasado.

Al llamar y no responder, la policía decidió entrar por la fuerza. Al entrar y no ver a nadie, llamaron diciendo que era la policía, y nadie contestó. Unos se dirigieron a la cocina, al salón y otros decidieron subir con las pistolas en mano, uno detrás de

otro por las escaleras. Al llegar arriba vieron dos puertas abiertas, pero en una de ellas notaron a una persona que estaba tirada en el suelo. Aceleraron el paso llegando al escenario. Al ver la escena grotesca que había en esa habitación, uno de los policías tuvo que salir porque se sentía mal. La niña estaba cortada como una res, y había sangre por todos lados. En ese momento la madre se despertó y al ver a su hija y recordar todo, le agarró un ataque de ansiedad. Tuvieron que sedarla y llevársela al hospital en una ambulancia. En ese momento llamaron al forense y a los detectives que llevaban el caso del asesino en serie.

Al llegar los detectives y entrar al cuarto, después de ver al perro muerto en la entrada, no se imaginaron lo que iban a ver. El asesino estaba cada vez estaba más descontrolado y más animal. Parecía que cada vez, o con cada víctima se ponía más violento. Había que pararlo cuanto antes, pero todavía no tenían ni una pista, sólo una teoría y un posible asesino, pero todo eran conjeturas, nada firme. Pero eso iba a cambiar.

Los forenses encontraron ADN, y los técnicos en el pomo de la puerta encontraron huellas. Y al lado del perro encontraron también sangre, que podía ser de perro, pero al estar a unos metros de donde estaba el perro, tenían la intuición que podía ser de él, sí, del asesino. Estaba perdiendo el control y eso le hacía descuidarse en algunas cosas, o sólo había sido la huida rápida. De una forma u otra a la policía le había dado unas pistas y pruebas que podían dar con él.

Brian sabía que ya no podía estar en la casa de su madre, y sabía que ya sospechaba de él, tenía que encontrar otro sitio para esconderse y curarse la herida que le había hecho el perro.

Los forenses también encontraron el corazón de la niña, que al estar mordido descubrieron que no sólo les sacaba el corazón, si no también se los comía, y eso les daba más asco y repulsión. En este caso se lo había olvidado, todo habría sido causal de la huida. Eso pensaban los detectives, pasó a ser un asesino en serie, necrófilo y caníbal, bastante completito.

En el hospital la madre de la niña se fue recuperando y despertando del tranquilizante de caballo que le habían dado. Los policías ya estaban ahí queriendo saber lo que había pasado. Al despertarse la madre preguntó por su hija y al recordad lo sucedido, se largó a llorar. Al tranquilizarse un poco, preguntó a la policía si ya habían atrapado al que había matado a su niñita, y se largó a llorar de nuevo.

Al tranquilizarse de nuevo, la policía le preguntó que había pasado, y ella se lo contó.

–Escuché un ruido, como algo que se hubiera caído. Al llegar al cuarto de Miriam, (así se llamaba la niña), la puerta estaba cerrada, y yo nunca la cerraba, porque ella tenía miedo y a veces se pasaba a mi cuarto, por la noche. Al no poder abrirla, golpeé y no me contestó, me puse nerviosa y tiré la puerta o rompí el cerrojo. Al entrar vi a ese hombre saltar por la ventana, y mi niña, mi niña, estaba en la cama, había sangre por todos lados, mi niña... Y se volvió a desmayar.

Los técnicos ya habían comprobado las huellas y salió un ganador, eran las huellas de Brian Scott. Tenían las huellas porque al estar en el reformatorio ya estaba fichado, también el ADN de la sangre y la saliva, que sacaron de parte del corazón era también de Brian. Era todo un éxito, y después de tanto tiempo y después de tantos asesinatos violentos ya tenían su asesino. Fueron para la casa de Susana, a buscar a Brian, pero como era de esperar Brian no estaba. La madre de Brian se puso a llorar de la impotencia y quedó sentada en la silla de la cocina. Los policías rompieron la puerta del cuarto de Brian y casi no pudieron entrar del olor repulsivo que salía de la habitación. Dentro encontraron ropa con sangre que lo relacionaba con los homicidios anteriores, y lo más asqueroso, en la repisa había unos frascos que contenían algo redondo, pero estaban manchados de sangre y no se podía apreciar bien. Al acercarse vieron que era. Los frascos contenían ojos y por lo que parecía había pares de ojos, como víctimas hubo, pero faltaban los ojos de la niña. Eso quería decir una cosa: que después de ese asesinato no había venido a casa y sabían que no iba a venir, y ahora menos. Pero si volvería.

Ya habían dado orden para su búsqueda y todos los policías y más, buscaban a Brian por todas partes.

La madre de Brian se había enterado de todo lo que había hecho su hijo, y no sabía la forma como justificarlo, será porque no podía. Le daba vueltas a las cosas hasta que se empezó a echar la culpa de lo sucedido. Decía que no había sido una buena

madre y no había sabido como criarlo, ni que tuviera conciencia o lástima por las cosas, o las personas. Desde ese incidente de su amigo, al tirarlo a la carretera, y entrar en el reformatorio, todo se había torcido y no había sabido como enderezarlo. Esa noche al entrar en la cocina, se encontró a Brian sentado en una silla cerca de la mesa, y al mirarla, se puso a llorar. Susana hubiera podido salir corriendo y llamar a la policía, pero no lo hizo, se sentía culpable. Se sentó al lado de él y lo abrazó. Sintieron el timbre y al separarse e ir para la puerta, mirando hacia atrás, Brian ya no estaba en la silla. Al abrir la puerta era la policía que le preguntaba si estaba todo bien, y que si quisiera estarían a su disposición, y también que si Brian llegara a llamar o venir por casa que no dudara en llamarlos, era un asesino y aunque era su hijo, estaba en peligro. Les dio las gracias y cerró la puerta.

Al girar y volver a la cocina ya no estaba, sólo la puerta de atrás estaba abierta. La cerró y se fue a dormir. Al entrar al cuarto volvió a la puerta y echó el cerrojo.

También la madre de la niña volvió a su casa, lo único que a ella la llevó un policía y se quedó cerca de la casa vigilando por si Brian volvía, pero no lo hizo, por lo menos esa noche.

La policía estuvo buscando dos días seguidos sin encontrar nada, en la casa de Brian, en la casa de la niña, en el motel, el bar, sin encontrar más pistas, parecía que había desaparecido o se había desintegrado. Obviamente nada de eso. Al tercer día por la noche volvió a casa de la madre, pero no había vuelto para quedarse, tenía algo pendiente con la madre y ella no lo sabía. Al

entrar esa noche a su habitación Brian estaba sentado en la cama. Susana al verlo, primero se sorprendió, pero luego se acercó y con los ojos llenos de lágrimas le preguntó por qué. Él la miró y bajó la vista. Al subirla tenía el cuchillo en la mano derecha. Susana fijó la mirada al filo del cuchillo que le regalaba su destello, como un guiño. Brian se paró de la cama y Susana en vez de correr, gritar o desmayarse, sólo se quedó quieta y cerró los ojos. Abrió los brazos, como para dar un abrazo y en ese momento sintió un pinchazo. Abrió los ojos y Brian estaba a su lado sosteniendo el cuchillo y hundiéndoselo cada vez más en su estomago y con el otro brazo parecía que la estaba abrazando. Empezaba a perder las fuerzas y cayéndose, el cuchillo iba cortando hacia arriba y ya los intestinos rebosaban y caían al suelo. Brian soltó el cuchillo y la agarró con las dos manos, se dio vuelta acomodándola en la cama y acostándola. Susana todavía estaba con los ojos abiertos, lo miraba sin sacarle los ojos de encima hasta que se apagara la luz. Brian agarró una manta, la tapo y le puso una almohada en la cabeza. Se sentó a su lado, luego se acostó y se quedó dormido hasta la mañana siguiente. A la mañana al ir la policía para tomarle declaraciones a la madre de Brian, pensando sacarle algo para poderle encontrar, se toparon con la escena.

Sabiendo la noticia de la muerte de la madre del asesino de su hija, sabía que ella era la próxima, y tenía que hacer algo al respecto. Tenía una amiga del trabajo, (ella era medica y su amiga trabajaba en un laboratorio), y estaba creando un plan, pero precisaba la ayuda de su amiga y sus conocimientos. Su

amiga trabajaba en la fábrica de venenos para ratas y otros roedores. Mandí le preguntó si había un veneno que pudiera quedar latente en la sangre de un portador hasta que otro animal, comiera parte de ese portador y a consecuencia muriera. Su amiga se sorprendió un poco, pero le comentó que estaban probando un veneno que era inyectado en el cuerpo de una rata y a esta la dejaban suelta, al estar en la madriguera y cuando había una pelea u otro roedor se la comiera, el veneno que tendría en la sangre y en los órganos que a ella no le afectaba, para el que se la comiera sería como una bomba de relojería, podía morir en el acto o tendría un tiempo de vida hasta su muerte. Era un buen veneno para eliminar madrigueras enteras. Mandí se quedó pensando un momento y luego le dijo:

–¿Ese veneno se puede conseguir?

Su amiga le recordó que sólo estaba en pruebas, pero que pronto estaría en el mercado. Todavía tenía que pasar algunas pruebas más porque era muy toxico al manipularlo. Le preguntó por qué ese interés en lo que estaba trabajando. Mandí le dijo:

–Tengo algo en mente, pero me tendrías que guardar el secreto.

Sólo le preguntó si le podía conseguir un poco de ese veneno, la miró y le dijo:

–¿Estás loca?

La miró y le dijo:

-No, estoy muerta.

Pasaron los días y después de la muerte de Susana, los asesinatos habían cesado y Brian había desaparecido. Todos pensaban que se habría largado del país. Pasó todo un mes, y al no tener noticias de un nuevo asesinato todo quedó en el olvido. Pero una noche sin luna, en la que parecía que todas las luces se habían apagado, entró por la puerta de esa misma casa, en dónde hacía más de un mes había matado, violado y mutilado a una niña de doce años, un asesino que ya conocía el camino a las habitaciones de la casa, pero esta vez no sabía que lo estaban esperando, y se llevaría una gran sorpresa. La madre de esa niña lo estaba esperando y no estaba sola. Desde que había muerto su hija no podía dormir por las noches, y cuando se quedaba dormida o entre dormida, soñaba que el asesino entraba por la puerta y le traía de la mano a su hija. Al estar cerca de ella sacaba un cuchillo, y al cortarle el cuello se despertaba. Todos los días estaba pensando en ese día, el día que vendría por ella, y lo estaba esperando, y lo esperaba dejando todos los días la puerta abierta, hasta que ese día, al escuchar el crujir de la puerta de entrada y los pasos subiendo por la escalera, la emoción fue tan grande que se izo pis en la cama sin darse cuenta, pero no le importó, sólo le importaba una cosa, la muerte del asesino de su hija, sea como fuera y costara lo que costara. Al abrir la puerta la luz de la habitación estaba encendida, y la madre de la niña estaba sentada en la cama. Brian entró en la habitación, cerró la puerta y se quedó mirando a la madre cara a cara. La madre se levantó de la cama quedándose de pie. Brian se fue acercando

lentamente. Al estar cada vez más cerca la madre sentía su hedor rancio, olores mezclados, de mugre y carne podrida. Al estar uno en frente del otro Brian sacó lentamente el cuchillo, le tocó la mejilla y al paso del cuchillo fue dejando un hilo de sangre de la misma mejilla. La madre estaba inmóvil. Movi6 una mano, se la llevó al pecho y empezó a desabrocharse el pijama, y como una película erótica, lo dejó caer. Brian levantó el cuchillo y en el momento que se lo clavó en el pecho, escuchó que le dijo:

–Te quiero mi amor.

En ese momento el cuchillo traspasó las costillas y le seccionó una arteria. Cayó sin más. Brian sacó el cuchillo y lo volvió a introducir con más fuerza, girándolo lo levantó haciendo un corte más profundo, manchando con un chorro que parecía a presión toda la cama y parte la alfombra. La sangre le recorrió todo el cuerpo hasta empapar los pantalones. Antes que se cayera al suelo, la levantó y la tiró con fuerza a la cama, quedando la mitad de cuerpo en el suelo. Clavó el cuchillo de nuevo y agarrándolo con las dos manos le hizo un corte desde el comienzo del cuello, como si fuera una traqueotomía hasta el ombligo. Tiró el cuchillo al suelo y metió las manos en el pecho sacando el corazón. Lo miró un rato, como si buscara algo, la verdad tenía un color extraño, un rojo violáceo. Lo miró unos segundos más estando ahí parado frente a ella, lo mordió y en tres bocados ya lo había deshecho. Tenía toda la boca llena de sangre, pero era una sangre oscura, no era común. No se lo comió todo y escupió el resto, se bajó los pantalones y estuvo

más de media hora violándola. Luego al separarse del cuerpo agarró el cuchillo del suelo, volvió a la cama, le agarró del pelo, le acercó el cuchillo a los ojos y lo apartó. Le giró la cabeza cortándole la oreja derecha, le giró la cabeza de nuevo y cortó la otra, se las metió en el bolsillo y salió de la habitación y de la casa.

La amiga del laboratorio al pasar los días sin tener noticias de ella la llamó al trabajo donde le dijeron que hacía ya unos días no venía a trabajar y no contestaba a las llamadas. Al colgar la llamo a la casa y tampoco le contestó. Llamó a la policía. La policía llegó en poco tiempo sabiendo los antecedentes de esa familia, y al llegar era todo lo que se esperaban encontrar: la puerta abierta, la mujer en la habitación, desnuda y abierta de cuello a ombligo, pero algo diferente a las demás. No tenía orejas, se notaba que ya no le importaba nada, por lo descuidado que era. Había semen por todas partes y parte del corazón masticado regado por todo el suelo, como si lo hubiera escupido por una razón. La llevaron a la morgue y después de la autopsia, vieron que en la sangre tenía un tipo de veneno que no era conocido por el forense, que parecía veneno de ratas, pero tenía otra composición diferente. Parecía un asesinato como los otros con algunas diferencias, pero lo más extraño era el veneno, parecía que se había suicidado, pero sabían que no había sido así. Reiniciaron la búsqueda de Brian, pero la hicieron más extensa y recorrieron los lugares de su infancia, hasta llegar a una cueva que había cerca de una montaña a unos pocos kilómetros del colegio de Brian. Fueron con los perros quienes

encontraron una pista, el cuchillo de Brian cubierto de sangre, y pisadas, muchas pisadas. Al seguir a los perros y sus ladridos llegaron a una cueva que para verla había que estar muy cerca, casi a la entrada, y al separar unas lianas y una especie de enredadera, descubrieron una entrada. Al entrar ya sabían lo que iban a encontrar por el olor que ya se percibía. Al iluminar con las linternas el interior vieron al fondo una especie de cuerpo que estaba sentado o arrodillado de espaldas. Al gritar y dar la orden de quieto no se movió. Gritaron de nuevo y el cuerpo siguió sin moverse. El primer policía en llegar cerca del cuerpo, gritó de nuevo y le pidió que levantara las manos, al no responder lo empujó con la pierna y se cayó de frente, levantando polvo y haciendo que el hedor fuera más fuerte. Le dieron la vuelta y era Brian, estaba muerto y casi consumido. Parecía comido por ratas. Al lado de él había un esqueleto de un perro con las costillas rotas. Apagaron las luces y salieron de la cueva.

Al hacerle la autopsia descubrieron que había sido envenenado por el mismo veneno que encontraron en la sangre de la madre de la niña, pero la pregunta era: ¿Por qué la madre con casi una semana de muerta no estaba tan consumida, como Brian, si los dos tenían el mismo veneno? ¿Y cómo fueron envenenados los dos con el mismo veneno? Y la pregunta más importante: ¿Qué era ese veneno? En ese momento no importaba, el caso estaba cerrado y Brian muerto. Todos estaban muertos.